



AL AIRE

EL FRUTO DEL ESPÍRITU

10 de octubre
al 4 de noviembre, 2025LAS LAMENTACIONES
DE JEREMÍAS5 de noviembre
al 1 de diciembre, 2025

RECURSO

LUZ PERPETUA

Por Carlos A. Zazueta
y Charles R. Swindoll

«Sabemos que el Dios
Altísimo y soberano es el
gobernante sobre nuestras
vidas. Por eso, si alguna vez
tenemos la sensación de
alivio, Dios nos la ha dado.
Él es el autor del alivio.
Él es quien nos concede
la paz, la satisfacción, la
tranquilidad».

— Pastor Charles R. Swindoll



EL ALIVIO QUE TRAE LA MISERICORDIA DE DIOS

POR CHARLES R. SWINDOLL

Pero Dios es tan rico en misericordia y nos ama tanto que, a pesar de que estábamos muertos a causa de nuestros pecados, nos dio vida cuando resucitó a Cristo de los muertos. (¡Es solo por la gracia de Dios que han sido salvados!) Efesios 2:4-5

Hace algunos años, mi hermana Luci me hizo una pregunta que nunca antes me habían hecho: «¿Cuál es tu sentimiento favorito? Mi respuesta fue: «Creo que mi sentimiento favorito es la sensación de logro». Me gusta la sensación de completar algo. «Terminado» es una de mis palabras favoritas.

Cuando le pedí que ella respondiera la misma pregunta, me dijo: «Mi sentimiento favorito es la sensación de alivio».

Pensé que era una respuesta excelente. Cuando consulté el diccionario más tarde, descubrí que el sentimiento de alivio significa «la eliminación o el aligeramiento de algo opresivo, doloroso o angustiante».

Esta definición me llevó a una profunda reflexión teológica. En nuestra condición humana, experimentamos múltiples formas de opresión que requieren alivio divino.

- Cuando estamos en dolor físico, el alivio significa que el dolor disminuye.
- Cuando estamos emocionalmente perturbados, el alivio nos calma y nos da una sensación de satisfacción.
- Cuando la culpa nos asalta en la transgresión y buscamos el perdón de Dios, la culpa que nos carcomía como un cáncer desaparece cuando Dios trae alivio.

Pero el alivio más profundo trasciende las circunstancias temporales. Es el *alivio espiritual* que viene cuando reconocemos nuestra condición desesperada ante un Dios santo y experimentamos Su intervención misericordiosa. Pablo nos recuerda en Efesios que estábamos «muertos en nuestros delitos y pecados», una condición que va más allá de la mera incomodidad física o emocional.

Esta muerte espiritual se manifestaba en nuestra incapacidad para agradar a Dios, en nuestra tendencia natural hacia la rebelión y en nuestra esclavitud al pecado. Estábamos atrapados en un sistema que nos mantenía alejados de la vida abundante que Dios había diseñado para nosotros.

Cuando una relación está tensa, no sentimos alivio hasta haber trabajado a través del doloroso proceso de reconciliación. De manera similar, nuestra relación rota con Dios requería una intervención divina que nosotros no podíamos proveer por nuestros propios esfuerzos.

Sabemos que el Dios Altísimo y soberano es el gobernante sobre nuestras vidas. Por eso, si alguna vez tenemos la sensación de alivio, Dios nos la ha dado. Él es el autor del alivio. Él es quien nos concede la paz, la satisfacción, la tranquilidad. De hecho, creo que el alivio es un sinónimo maravilloso de la *misericordia*.

La misericordia es la compasión activa de Dios que Él demuestra hacia los miserables. No es piedad pasiva. No es simplemente comprensión. No es mera tristeza. Es una acción divina a nuestro favor a través de la cual trae una sensación de alivio. Cuando estamos en un tiempo de profunda angustia y Dios activa Su compasión para producir alivio, hemos experimentado misericordia.

Esta misericordia se manifestó supremamente en la cruz del Calvario. Mientras estábamos muertos en nuestros pecados, completamente incapaces de responder a Dios de manera genuina, Él tomó la iniciativa e intervino a nuestro favor. No

esperó a que mejoráramos nuestra condición espiritual, ni requirió que demostráramos algún mérito previo. En el momento preciso de la historia, justo cuando la humanidad había demostrado completamente su bancarrota espiritual, Dios envió a Su Hijo como nuestra única esperanza de redención.

Esta acción misericordiosa fue extraordinariamente costosa. Implicó que Jesús se despojara voluntariamente de Sus privilegios divinos para tomar forma humana y vivir entre nosotros. Significó que cargara con todos nuestros pecados en Su propio cuerpo mientras colgaba del madero, experimentando la terrible separación del Padre que nosotros merecíamos por nuestra rebelión.

Cuando Pablo escribe «Pero Dios», está introduciendo el contraste más dramático en toda las Escrituras: entre nuestra condición desesperada y la intervención divina. Este «pero» marca el momento donde la misericordia triunfa sobre la justicia merecida, donde el amor divino conquista la muerte eterna, y donde la esperanza emerge victoriosa de la más profunda desesperación humana.

CONCLUSIÓN

El alivio que experimentamos a través de la misericordia de Dios no es temporal sino eterno. No depende de nuestras circunstancias sino de Su carácter inmutable. Cuando comprendemos que nuestro alivio definitivo proviene —no de resolver nuestros problemas sino de conocer a Aquel que los resuelve— encontramos paz en medio de la tormenta.

PASOS DE ACCIÓN

01.

RECONOCE TU NECESIDAD DIARIA DE MISERICORDIA:

Cada mañana, recuerda que tu posición ante Dios se basa en Su misericordia que se renueva cada día, no en tu rendimiento.

02.

EXTIENDE MISERICORDIA A OTROS COMO REFLEJO DE LA QUE HAS RECIBIDO:

Identifica una relación donde puedas demostrar misericordia activa esta semana. Así como Dios no esperó a que fueras digno, busca oportunidades de bendecir a otros.

03.

ENCUENTRA ALIVIO EN LA ORACIÓN CONFESIONAL:

Cuando sientas el peso de la culpa o la ansiedad, acércate confiadamente al trono de la gracia. Practica la confesión honesta como un medio para experimentar el alivio divino.

En un mundo lleno de cargas que no podemos llevar y deudas que no podemos pagar, la misericordia de Dios no solo ofrece alivio temporal, sino que nos garantiza que nunca más tendremos que cargar solos con el peso de la vida.

EN PALABRAS SENCILLAS

Donde la verdad de Dios cobra vida en historias que a los niños les encantan.

Lima, un árbol con el fruto invisible

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de colinas verdes, un árbol muy especial llamado «Lima». Pero Lima no era un árbol cualquiera. No tenía frutas jugosas ni flores de colores. De hecho, a simple vista, parecía un árbol común, con hojas verdes y ramas que se movían con el viento.

Los otros árboles del jardín solían burlarse un poco de Lima.

—¡Mira mis manzanas rojas! —decía el manzano.

—¡Y yo tengo peras dulces! —decía el peral.

—¿Y tú, Lima? ¿Qué das tú?

Lima no sabía qué responder. Se sentía triste y confundido.

—Tal vez yo no fui hecho para dar fruto. . . —susurraba con sus hojas caídas.

Una tarde, mientras el sol se ocultaba detrás de las montañas, una suave brisa llegó al jardín. No era una brisa cualquiera. Era el Espíritu Santo, que a veces visitaba en forma de viento suave, apenas perceptible, pero lleno de vida.

—Lima —susurró el Espíritu—, tu fruto es diferente, pero muy valioso. Solo necesitas dejarme trabajar en ti.

Lima no entendía del todo, pero decidió confiar. Así que cada día, cuando sentía el viento suave, cerraba sus hojas y escuchaba con atención. Poco a poco, sin darse cuenta, algo comenzó a cambiar.

Los niños que pasaban por el jardín se detenían a jugar cerca de él.

—Aquí me siento tranquilo —decía uno.

—Este árbol me hace sentir feliz —decía otra.

Un día, una niña llamada Clara se sentó bajo Lima a llorar. Su mejor amiga se había enojado con ella, y se sentía sola. El

viento sopló, y Lima movió sus ramas suavemente. Sin saber por qué, Clara sintió consuelo. Su corazón se llenó de paz.

—Gracias, arbolito —susurró—. Me siento mejor.

Con el tiempo, Lima notó algo: aunque no tenía frutas visibles como los demás, algo crecía en él. Amor, paciencia, alegría, paz. . . Era como si su sombra, su presencia y su forma de estar calmo y firme fueran un regalo invisible para los demás.

Entonces lo entendió.

El Espíritu Santo estaba produciendo un fruto especial en él, un fruto que no se ve con los ojos, pero que toca el corazón.

Desde ese día, Lima nunca más se sintió menos que los otros árboles. Sabía que el fruto que el Espíritu Santo producía en él era valioso, y que, al dejarlo crecer, podía bendecir la vida de muchos.

Cuando dejamos que el Espíritu Santo trabaje en nosotros, Él produce un fruto especial que puede llenar de amor, paz y alegría no solo nuestra vida, sino también la de quienes nos rodean.

Dos puntos de acción para niños:

1. Escucha con tu corazón:

Dedica unos minutos cada día para hablar con Dios y pedirle que el Espíritu Santo produzca Su fruto en ti: amor, paz, paciencia y más.

2. Comparte ese fruto invisible:

Sé amable con alguien hoy, ayuda a un amigo, o consuela a quien esté triste. El fruto que el Espíritu Santo produce en ti puede cambiar el día de alguien.



LUZ PERPETUA

Un viaje de la promesa a la presencia

A medida que las noches se alargan y los días se acortan, descubrimos dentro de nosotros un anhelo más profundo que el simple deseo de encender lámparas para disipar la oscuridad. Es un anhelo de luz que reconforte el corazón y reavive la esperanza.

El Adviento nos encuentra en medio de ese anhelo. Nos invita a detenernos, respirar con calma y recordar que aún en las horas más oscuras, Jesús —la Luz verdadera— ya vino... y sigue brillando.

Este devocional es como una linterna para la travesía. Te guiará a lo largo del ciclo de la luz en Adviento: **esperanza** que rompe la noche, **paz** que afirma los pasos, **gozo** que enciende el corazón, **amor** que abraza el alma, y la **llegada** que inunda al mundo con el fulgor de Cristo. Este es el viaje del Adviento: una luz que crece en lo profundo del alma, hasta que Cristo disipe toda sombra con la plenitud de su gloria eterna.

Libro tapa blanda de 131 páginas

Código de producto: LPPPB

En agradecimiento por su **donativo** este mes, le enviaremos este recurso.



www.visionparavivir.org



Aplicación móvil



+1-469-535-8433



Esta oferta
vence el 31 de
diciembre, 2025.

UNA ORACIÓN DE *compromiso*

En el silencio del Adviento, *Luz perpetua* nos invita a detenernos ante la presencia viva de Cristo. Esta oración nace de ese encuentro: una respuesta humilde a la *luz* que nos encuentra y transforma.

Luz Perpetua, Cristo glorioso:

*Hoy me postro al final del camino de Adviento,
no como quien ha llegado,
sino como quien ha sido encontrado.*

*Gracias por encender en mí una llama
que ni el cansancio, ni la oscuridad, ni el mundo
pueden apagar.
Tu luz no es adorno:
es fuego santo,
vivo, penetrante,
que revela, purifica y transforma.*

*Haz de mí un santuario encendido.
Que no lleve luz prestada,
sino tu presencia viva ardiendo en mi interior.
Ilumina mi alma,
no con emociones pasajeras,
sino con la verdad que libera.*

*Llévame donde la noche es densa:
al rincón olvidado,
al corazón endurecido,
al cuarto donde un niño llora sin ser visto.*

*Y allí,
hazme lámpara,
hazme voz,
hazme abrazo.*

*Que el fulgor de tu venida
no solo me emocione,
sino que me envíe.
No permitas que espere tu regreso
como espectador,
sino como testigo.*

*Hasta que toda sombra se disipe,
y la tierra cante a una sola voz:
La Luz ha venido—y lo cambia todo.*

AMÉN.